

cutivo nombrado el día anterior no se reservaban sino el interregno del 12 de agosto al 20 de setiembre.

De esta suerte el triunfo de los girondinos produjo inmediatamente su abdicacion. La Asamblea que dominaban, se vió débil ante un acontecimiento que no tuvo valor de completar ni virtud para impedir; se retiró restituyendo al pueblo los poderes que de él había recibido. El movimiento abortó en sus manos, y habiéndola cabido el gobierno en suerte, dejó la Francia á merced de la casualidad. Infiel á la Constitucion, rehusando dar su apoyo al trono, tímida ante la república, no tuvo ni plan, ni política, ni audacia, dando á todos los partidos el derecho de despreciarla. La historia la juzgará con mas severidad que á ninguna de las asambleas que personificaron la revolucion. Colocada entre la Asamblea constituyente y la Convencion nacional palideció ante aquellos dos grandes focos, á saber: el de las luces de la filosofía y el de la voluntad revolucionaria de la nacion. Nada cambió, nada fundó, y solo ayudó á derribar todo. Recibió de sus predecesores una Constitucion que mantener, un trono que reformar y un país que defender; y al retirarse dejó á la Francia sin Constitucion, sin rey y sin ejército, desapareciendo en un motin. Las únicas señales de su existencia fueron multitud de ruinas. ¿Deberá acusarse de esto á las dificultades de la época? ¿Pero lué ésta mas fácil, ni los acontecimientos menos espinosos para la Asamblea constituyente en el juramento del Juego de pelota, en el 14 de julio, en las jornadas de octubre y en la fuga del rey? ¿Fue acaso mas dulce para la Convencion á su advenimiento en medio de la anarquía, en la proclamacion de la república, en la invasion de la Champagne, en la insurreccion de la Vendée y en el sitio de Lion? Evidentemente que no; pero estas dificultades estremas hallaron en aquellos dos cuerpos una política y una voluntad iguales á lo apurado de las situaciones. Pero ¿en qué consiste esta diferencia entre

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

Los girondinos se ven en la precision de abdicar — Disposiciones del ejército. — La Fayette se espatria. — Dumouriez presta juramento á la nacion — Conthon. — Westermana. — emisario de Danton en el ejército. — Dumouriez reemplaza á La Fayette en el mando del ejército. — Gana la confianza de las tropas. — El ayuntamiento de Paris se abraza el poder ejecutivo. — Creacion de un tribunal criminal. — Marat prosigue en su ida de esterminio. — Danton la lleva á cabo.

I.

Mientras que la familia real, llegada al término de tantas agitaciones, se guarecia detras de las paredes del Temple y se establecia en su último asilo, la Asamblea por conducto de Guadet preparaba las reglas por las cuales debia nombrarse una Convencion, llamando á la soberanía directa y unánime al pueblo. Las Asambleas primarias debian componerse de todos los franceses que tuviesen veinte y un años y fuesen de condicion libre. Estas debian reunirse el 26 de agosto y dar á sus representantes unos poderes soberanos independientes de toda constitucion preexistente. La Convencion se reuniria el 20 de setiembre. La Asamblea nacional y el poder eje-

unos cuerpos políticos salidos del mismo pueblo y obrando en la misma época? Oseamos decirlo: consiste en que la Asamblea legislativa nombrada por aborrecimiento á la aristocracia y sin completa confianza en el pueblo fué escogida entre los partidos medios y moderados, que no son en tiempos de crisis, sino las negaciones del bien y del mal, por cuya razon no tuvo en los elementos que la compusieron ni el espíritu político de las altas clases, ni el alma patriótica del pueblo. La Asamblea constituyente fué la representación del pensamiento de la Francia, y la Convencion la de la adhesion apasionada de las masas. La Asamblea legislativa no representó sino los intereses y la vanidad de las clases intermedias. Espression de la clase media, honrada, pero egoísta en sus hábitos, no llevó al gobierno en estas dos crisis sino ideas medianas, pasiones vanas y la raquítica prudencia de esta parte de las naciones, cuya timidez es á la vez su virtud y su vicio.

Supo escribir y hablar, pero no supo obrar. Tuvo oradores, pero no hombres de Estado. Mirabeau habia sido en la Asamblea constituyente la espression soberana de aquella aristocracia, que despues de haberse ilustrado en los rangos elevados de las naciones con las sublimes luces de toda filosofia, aspira á la gloria de comunicarlas al pueblo, haciéndose revolucionaria por generosidad y popular por orgullo.

Danton y Robespierre fueron la espression terrible de las pasiones de un pueblo apenas emancipado que quiere conservar á toda costa en el porvenir la revolucion que le han dado hecha, y que no trueca un interés por una idea, ni un principio por una vida. Brissot, Gensonné y Guadet no fueron sino discursistas, alguna vez sublimes, pero siempre impotentes. No tuvieron objeto determinado, ó si lo tuvieron se colocaron constantemente demasiado lejos, ó demasiado cerca, dando á la revolucion impulsos á veces muy débiles, otras demasiado fuertes,

que la dejaron mas acá ó la lanzaron mas allá de sus ideas. Quisieron un poder y lo minaron; temieron la anarquía, y sin embargo, conspiraron en favor de ella; desearon la república y la aplazaron. La nacion se impacientó al ver esta indecision que la perdia, y verificó un motin, en el cual desaparecieron.

El 10 de agosto el pueblo fué mas hombre de Estado que sus gefes. Una crisis era inevitable, porque todo perecia en manos de aquellos legisladores que querian el movimiento sin sacudidas, la libertad sin sacrificios, la monarquía sin trono, la república sin oscilaciones, la revolucion sin garantía, la fuerza del pueblo sin su intervencion, y el patriotismo sin aquella fiebre del entusiasmo que da á las naciones el delirio y la fuerza de la desesperacion. Un pueblo no podia, sin estar demente, dejar que durase y se empeorase semejante estado de contradicciones. La Francia iba á perderse, la Asamblea no tomaba el timon, y el pueblo se echó sobre él, con el espíritu de las circunstancias, y la temeridad de resolucion que hace que se arriesgue todo para salvarlo todo, cuando todo está perdido irremisiblemente. El mecanismo de la Constitucion no podia funcionar, un rayo de convencimiento le demostró que no se le podia recomponer. El 10 de agosto le rompió.

Las lágrimas, la sangre, y los crímenes de esta jornada no recayeron tanto sobre el pueblo que la llevó á cabo como sobre la Asamblea que la hizo inevitable. Si la Asamblea legislativa hubiera tenido la inteligencia necesaria, si hubiese tomado la dictadura, cubierto con un velo la Constitucion, suspendido y separado al rey, y puesto el trono bajo tutela durante la crisis, pudiera haber evitado la intervencion de las picas, preservado la forma monárquica, armado la nacion, libertado las fronteras, ahorrado la sangre de las victimas del 10 de agosto y 2 de setiembre, y no haber contristado á la Francia al ver en un cadalso á su rey. Su debilidad produjo los es-

cesos y los furros del pueblo. Desgraciados de los imperios cuando la cabeza de la nacion no toma la iniciativa reflexiva de las grandes revoluciones, y cuando la abandona á la insurreccion! Todo lo que toca el pueblo es roto ó manchado de sangre. La Asamblea nacional fué inferior á la crisis, tuvo el talento, las luces, el patriotismo, y las virtudes indispensables á los fundadores de la libertad; pero no tuvo su carácter. Este consiste en el talento de la accion. Aquellos hombres no tuvieron mas que el de la palabra y de la muerte. Hablar bien y morir fué su destino.

II.

El 10 de agosto resonó de rechazo en todo el imperio y en toda Europa. Los gabinetes estrangeros y los emigrados, deplorando la catastrofe, la prision del rey, y la animacion que el triunfo del pueblo de París daba al espíritu revolucionario, se alegraban en secreto por las agitaciones convulsivas en que la Francia iba verosimilmente á despedazarse. Una guerra civil era el mas poderoso auxiliar de la guerra estrangera; el gobierno anárquico de una Asamblea, era el menos á propósito para dirigir una guerra nacional, y la Francia sin gefe, sin unidad y sin Constitucion, caeria á pedazos bajo las fuerzas de los coaligados. Por otra parte, el escándalo de aquel palacio violado, de los guardias inmolados, y de la familia real envilecida por la insurreccion, quitaba todo pretesto de contemporizacion y miramientos á las potencias que dudaban aun. La Francia habia arrojado el guante á todas las monarquías, y era necesario recogerlo ó declarar á todos los tiranos de Europa, impotentes para sostenerse ante el espíritu de revuelta y de insurreccion, vencedor en todas partes, si se le dejaba vencer en París.

La misma Inglaterra, tan favorable hasta entonces á

la reforma en Francia, empezaba á mirar con repugnancia aquel movimiento en los espíritus que traspasaba los límites y la forma de su propia Constitucion. La Francia, lanzándose á lo desconocido, se enagenaba todos los votos y todas las esperanzas que la habian seguido hasta entonces. El toque de esterminio de los tronos se hacia oír con demasiada violencia en París. Los coaligados y emigrados respondieron á él aproximándose á las fronteras. El duque de Brunswick tuvo mas confianza, concentró sus fuerzas y principió los movimientos.

III.

En el interior, la adhesion al 10 de agosto fué general en el Norte, en el Este, y en el Mediodia de la Francia. Las campañas de La Vendée se agitaron unicamente, y allí solo fué donde aparecieron algunos síntomas de guerra civil. Por todas partes los realistas y los constitucionales consternados, ocultaron sus presentimientos y su dolor. Los girondinos y los jacobinos se coaligaron para hacer que las Asambleas primarias, nombrasen para la Convencion hombres de opiniones exageradas, de un temple enérgico y enemigos del trono. La Francia conocia que la hora de los consejos tenidos, habia pasado para ella y que la patria no tenia mas defensa que sus bayonetas. Necesitaba tanto en sus consejos como en la guerra, hombres que no pudieran volver la vista atrás; buscó estos hombres, los halló y los nombró, sin darles otro encargo que el de salvar la patria y la libertad.

El ejército mandado por generales constitucionales y por oficiales aun adictos al rey, recibió con estupor las inesperadas noticias de la caída de la Constitucion y del triunfo de los jacobinos. Hubo algunos momentos de duda, de que un gefe hábil y acreditado hubiera podido

aprovecharse para llevarlo contra París; pero la victoria no había dado todavía á ningún general el derecho de desobedecer á un movimiento popular. El anciano Luckner, general en jefe, interrogado en Metz por la municipalidad y por el club sobre el partido que haría tomar al ejército, aprobó, aunque medio entre dientes, el golpe de Estado dado en París. Al otro día, habiendo recibido de La Fayette, su segundo, una noticia contraria, cambió de lenguaje y arengó á sus tropas para prevenir las contra los incitadores al desorden, que debían llegar de París. Viejo maniquí de guerra, é inhábil para entender la política, Luckner, repetía como un niño todo lo que se le indicaba. La llegada de los comisionados de la Asamblea, enviados á los ejércitos para ilustrarlos y contenerlos, le hizo mudar de lenguaje por tercera vez.

En Valenciennes, el general Dillon publicó en la orden del día, que la Constitución había sido violada, y que los perjuros debían ser castigados. Algunos días despues, Dillon se retractó de lo dicho en una comunicacion oficial á la Asamblea. En Estrasburgo, el corregidor Dietrich, el general Victor de Broglie y Caffarelli del Falga, se indignaron del atentado cometido contra la persona inviolable del rey. El general Biron, amigo del duque de Orleans, y sostenido por los jacobinos de Estrasburgo, ahogó el germen de la sublevacion, y dió su ejército al partido vencedor. Solo La Fayette tomó una resolucion y una actitud políticas.

IV.

Tenia éste su cuartel general en Sedan, capital de los Ardenes. Supo los acontecimientos del 10 de agosto por un oficial de su ejército que se encontró en París durante el combate, y que habiendo logrado salir de las barre-

ras, corrió á informar á su general de la matanza y de los decretos de aquel día. La Fayette, viendo que se le había adelantado la revolucion con aquel movimiento, se creyó obligado á detenerlo por medio de una federacion de su ejército y los departamentos. A falta de poder, encontraba á quien poder legalmente obedecer, pidió órdenes á las autoridades del departamento de los Ardenes. Su proyecto era formar una especie de congreso de los departamentos unidos. El centro de esta federacion, se reconcentraba á su modo de ver, en los tres departamentos de los Ardenes, del Aisne, y del Meuse, sobre cuyas buenas disposiciones juzgó poder contar. No se prometía, sin embargo, el mejor éxito, pero él creyó de su deber intentarlo, y lo cumplió como ciudadano, mas bien que como jefe de partido. La Asamblea, informada de estas dudas del ejército, envió comisionados para separar del mando á los generales sospechosos.

La Fayette, á pesar de la generosidad de su carácter, y á pesar de la abnegacion de su vida, se confió demasiado como jefe de partido en el poder solo de la ley. En vez de hacerse dueño de sus tropas poniéndolas en movimiento, las dejó que reflexionasen sin dadas acción. Su entusiasmo por él, y su adhesion á la Constitución, se enervaron por no haber sabido dar direccion á uno y otro. La Asamblea lo destituyó el 19, y entonces vió que su fortuna le abandonaba, que perdía la popularidad, y que la revolucion se le huía de entre las manos é iba á volverse contra él. Resolvió, pues, espatriarse, y se condenó él mismo al ostracismo con que su país le iba á herir. Alejandro de Lameth, los dos hermanos Latour-Maubourg, y Bureau de Pasy, patriota militar y político eminente, sus ayudantes de campo, y algunos oficiales, le acompañaron en su fuga. La Fayette se proponía ir á Holanda, y de allí á America. Despues de una noche de marcha, cayó en poder de un destacamento enemigo: reconocido y llevado á Namur, su nombre fué su crimen á los ojos

de los generales del emperador. El jefe de la insurrección francesa, el *protector oficial* de Luis XVI, el general del pueblo de París, era una presa inesperada y harto ruidosa para que los reyes aliados le dejaran generosamente retirarse del campo de batalla. La Fayette, separado de sus amigos, y llevado de ciudadela en ciudadela hasta el calabozo de Olmutz, sufrió con la paciencia de la convicción un largo y odioso cautiverio. Mártir de la libertad, después de haber sido su héroe, su vida pública sufrió desde este día una interrupción de treinta años. La revolución le hizo figurar en la escena política. Sus amigos y sus enemigos, reconocieron en él los mismos principios, las mismas virtudes y las mismas generosas ilusiones.

V.

La espatriación de La Fayette y la sumisión de su cuerpo de ejército, dejaron á la Asamblea sin inquietud respecto á las disposiciones de la tropa. Los girondinos, influyentes en el nuevo ministerio por Servan, Clavière, y Roland, previendo una lucha inmediata con los jacobinos, conocieron la importancia de dar al ejército un jefe que les asegurase á la vez la victoria sobre los enemigos exteriores y un apoyo contra los del interior. Antiguos colegas de Dumouriez, sus resentimientos con este general, cedieron ante la alta idea que este hombre les habia dejado de sus talentos. Por su parte, Dumouriez, con su gran golpe de vista, habia sondeado el acontecimiento del 10 de agosto, y le habia juzgado. Las crisis no vuelven hacia atrás antes de haberse gastado por sí mismas, ó de haber acabado su obra. La crisis daba un paso hacia adelante, y era necesario avanzar con ella, porque si no dejaria atrás á los indecisos.

Dumouriez sintió la desgracia del rey, pero con re-

husar el juramento á la nacion se perdía sin salvar á Luis XVI.

Por otra parte cualquiera que fuese la forma del gobierno, siempre existiría una patria, y salvarla era la única política que convenia en semejantes momentos á un soldado: el campo de batalla era el camino del poder. Mientras que los otros generales se disculpaban con la necesidad ó empleaban inútiles resistencias, Dumouriez, encerrado en su campo de Maulde, cerca de Valenciennes, desobedeció atrevidamente á Dillon, y se negó á hacer prestar á su ejército, el antiguo juramento al rey, poniéndose desde luego á la obediencia de los acontecimientos. En aquel mismo momento se entabló una correspondencia secreta entre Servan, Roland, y Clavière, sus antiguos colegas, y este general. Los girondinos se felicitaron por tener una cabeza y un brazo de su parte, y por otra los jacobinos anudaron con Dumouriez relaciones que la casualidad hizo nacer, y de las que la habilidad del general sacó mucho partido para engrandecerse.

VI.

El jóven Couthon, amigo de Robespierre, y diputado por la Auvernia en la Asamblea legislativa, estaba en estos momentos en los baños de Saint-Amand. Este pueblo estaba próximo de Valenciennes, y en las cercanías del campamento de Dumouriez. El general y el diputado se habian encontrado y hablado muchas veces. Este hombre tenia la aureola de sus presentimientos, y su verbosidad arrebatava á cuantos se le acercaban. Couthon quedó alucinado por esta seducción del talento de Dumouriez como le habia sucedido antes á Gensonné. El adivinó en aquel hombre el salvador de la patria.

Couthon, jóven abogado de Clermont antes de ir á

la Asamblea nacional, y despues á la Convencion, llevaba su fé en la revolucion hasta el fanatismo, que dulce y reflexivo entonces, fué sanguinario despues. El móvil de esta alma, inflamada de amor y de esperanza hacia la humanidad, se convirtió en el cráter de un volcan interior contra los enemigos de sus ideas. Cuanto mas agradables son los sueños del hombre tanto mas se irrita contra todo lo que se los estorba. Couthon era filósofo, de rostro agraciado, de mirada serena, y de conversaciones graves y melancólicas. Una jóven esposa y un hijo alimentaban la ternura de su alma y lo consolaban en su enfermedad: Couthon estaba privado del uso de las piernas, y la causa de esta enfermedad hacia interesante su desgracia porque era motivada por el amor. Atravesando una noche un barranco cenagoso de la Auvernia para ir furtivamente á hablar con la jóven que amaba se estravió en la oscuridad. Sumido hasta el amanecer en el fango helado que se deshacia bajo el peso de su cuerpo, tuvo que luchar toda la noche con la muerte, y no pudo escapar sino tullido y casi helado. Entonces no se podia sospechar aun el destino futuro de Couthon. Todavía no se veia sangre en sus sueños!

Los tres diputados enviados al ejército de Dillon, Delmas, Dubois y Bellegarde, llegaron el 14 de agosto á Valenciennes con orden de destituir á Dillon y á Lanoue. Estos dos generales estuvieron remisos en reconocer el 10 de agosto. Arrepentidos y sumisos ya, imploraron perdón, y los tres comisionados iban ya á concedérselo cuando Couthon se apresuró á ir de Saint Amand á Valenciennes y ponderando los talentos y energía de Dumouriez, obtuvo de la Asamblea para este el mando de los dos ejércitos de Lanoue y de La Fayette. Westermann, amigo de Danton, que habia sido su hombre de guerra en la jornada del 10 de agosto, y al presente su comisario en los ejércitos, despues de haber visitado el campo de Sedan fué á Valenciennes, y pintó vivamente á Dumouriez el estado

de desorganizacion del ejército de La Fayette, la desercion de los oficiales, el descontento de los soldados, el mal espíritu de los Ardenes y la violacion próxima del territorio, si el enemigo, dueño ya de Longwy, avanzaba sobre la Champaña. Westermann animado de todo el fuego republicano que se respiraba en Paris, convenció á Dumouriez y lo atrajo á su partido. El general, acostumbrado á tratar con las facciones y á entender á medias palabras las insinuaciones de sus gefes, comprendió que Danton queria tener un agente en el ejército en la persona de Westermann é hizo de este jóven oficial el lazo de sus relaciones con Danton. Westermann, como todos los demas, fué atraido á su vez á la esfera del movimiento y del talento de Dumouriez. Comisionado para observarle, le admiró y le sirvió con ardor. El general, que sabia emplear á los hombres segun su mérito y no por su graduacion, reconoció á la primera mirada de Westermann un corazon marcial, un alma de fuego, un brazo de hierro, desde entonces se lo llevó á su lado.

VII.

Dumouriez hizo durante la noche del 25 de agosto sus disposiciones para la campaña de Bélgica á la que aun no habia renunciado. Llamó de Lila al general La Bourdonnaye que mandaba aquella plaza, y le confió el mando del ejército de Valenciennes durante su ausencia, y salió para Sedan el 27, con Westermann, un solo ayudante de campo, y Bautista, su ayuda de cámara, cuyo valor y cariño hacia su amo, hicieron despues de él uno de los instrumentos de su gloria y de las ventajas obtenidas por el ejército. El 28 llegó Dumouriez al campo de La Fayette, siendo recibido con la frialdad y las murmuraciones propias de un ejército que no conocia el gefe que

se le daba y que echaba de menos al que había tenido. Seguro del porvenir, el nuevo general no se intimidó por este recibimiento, despreciando las actitudes hostiles y fiándose en que el sentimiento de su superioridad le conquistaría los corazones. Sin equipage y sin sus caballos que aun no habían llegado, montó los de La Fayette para pasar revista las tropas y arengarlas. La infantería se mostró melancólica, pero firme, y la caballería casi sediciosa. Pasando por delante de las filas oyó varias expresiones injuriosas contra él. «Este es el hombre, decían los soldados entre sí, que ha hecho declarar la guerra y que es la causa de los peligros de la patria y de la sangre de nuestros hermanos derramada en Longwy.» Dumouriez, deteniendo el caballo y mirando con firmeza á los escuadrones: «¿Hay alguno tan cobarde entre vosotros, que sea capaz de alligirse por la guerra y que crea conquistar la libertad sin batirse?» Este breve apóstrofe produjo, si no la confianza, al menos el respeto en aquellos oficiales y soldados. Las miradas de Dumouriez y la presencia de Westermann, el vencedor del 10 de agosto, manchado aun con la sangre de los suizos y escudado con el entusiasmo que por él tenía el pueblo de París, impusieron á las tropas. Estas conocieron que por la toma de Longwy se hallaban entre las bayonetas de los prusianos, y el desprecio de la nación que las observaba.

Tratóse entonces del plan de campaña que había de seguirse, y desplegadas las cartas, calculadas las fuerzas respectivas y medidas las distancias sobre la mesa del consejo, Dumouriez abrió la sesión, esponiendo la situación en que se hallaban y pidiendo consejos. Dillon fué el primero que tomó la palabra, mostrando sobre el mapa el punto de Chalons como la posición de que era necesario apoderarse antes que lo hiciese el enemigo, si se quería cortarle á tiempo la entrada en las llanuras de Francia y el camino de París; tomando el compás midió

la distancia de Chalons á Verdun y de Chalons á Sedan; mostró que el enemigo inmediato ya á los muros de Verdun, estaba mas cerca de Chalons que el ejército defensivo, y representó con copia de razones y enérgicamente que la conservacion de la capital importaba mas á la nación que la de los Ardenes, y concluyó por que se marchase aquella misma noche sobre Chalons, dejando al general Charot y algunos batallones en el campo fortificado de Sedan. Todo el consejo fué de este parecer. Dumouriez aparentó aprobarlo con su silencio y ordenó á Dillon que tomase el mando de la vanguardia y que se trasladase á la orilla izquierda del Marne, como si conviniese en efectuar el movimiento sobre Chalons; pero no era así. Apenas se despidió el consejo de guerra cuando Dumouriez, viendo á su lado al ayudante general Thouvenot, cuyo aire pensativo y cuya fisonomía expresiva habían llamado su atención durante el discurso de Dillon, se franqueó con él como con un confidente capaz de comprenderle y de concebir una grande idea. «La retirada sobre Chalons, le dijo, es un pensamiento sábio, pero la sabiduría de los grandes peligros es la temeridad. Es necesario engañar á la fortuna mostrándose mas confiado cuando ella es mas adversa: retirarse detrás del Marne ante un enemigo numeroso y activo es dar á la Francia una prueba de debilidad y de desaliento; es principiar la guerra por un movimiento á retaguardia parecido siempre á una derrota; en fin, es abrir á los coaligados las llanuras fértiles de Epernay y de Reims y facilitarles el camino de París, sobre el cual ningun obstáculo puede detenerlos desde el Marne.» Mostrando sobre la carta una larga línea de bosques que se estiende desde Sedan á Sainte-Menehould, entre Verdun y Chalons, cuyo nombre desconocido entonces, fué después nacional: «Hé aqui dijo á Thouvenot, las Termópilas de la Francia. Si tengo la felicidad de llegar antes que los prusianos, todo se salva.» Este movimiento oblicuo de Dumouriez, en vez

de alejar al ejército francés de los prusianos, lo aproximaba á ellos y le fijaba audazmente un campo de batalla en el mismo terreno que ocupaban ya, porque desde Verdun, en donde estaba el rey de Prusia, hay menos distancia que de Sedan, en donde se hallaba el ejército francés, para trasladarse al centro del bosque de Argonne. Thouvenot se convenció por el entusiasmo con que este rayo de talento iluminó de pronto la ojeada militar de Dumouriez y adoptó la idea como si el mismo la hubiese concebido. Subyugado por la superioridad de carácter y de inteligencia que descubría en su jefe, fué desde este día su segredo y su amigo. Este era uno de aquellos hombres cuya alma se adormece en la oscuridad de los puestos secundarios, hasta que una mano habil haya tocado al resorte que debe hacerlo mover. Estimaba á La Fayette, pero tuvo una especie de culto por Dumouriez. Buen oficial á las órdenes del primero, fué un héroe á las del otro. Los hombres hacen á los hombres: el alma de un ejército es su general.

VIII.

Dichoso por haber sido comprendido, Dumouriez, que no se había acostado desde el día anterior á su salida de Valenciennes, encargó á Thouvenot que arreglase los detalles de aquel movimiento, y se durmió algunas horas con esta idea. Las grandes resoluciones calman á los grandes corazones; Dumouriez estaba seguro con anticipación del buen éxito del partido que había tomado: cuando se despertó envió orden á Beurnonville, á quien había dejado en Valenciennes, para que le trajese nueve mil hombres de infantería y caballería, inútiles por el momento en el campo de Maulde, é hizo partir por todos los caminos correos y oficiales espertos para informar á

Luckner de sus movimientos é informarse de los de aquel general. Preveniale que iba á llamar sobre el Argonne todo el peso de un ejército de ochenta mil prusianos, y le designaba el punto probable en que se verificaria la reunion del ejército de Metz y el de Sedan, reunion que si podia efectuarse, señalaria el sitio de la batalla y salvaria á la patria. Tomó de los arsenales de La Fere y de Douai las municiones de guerra de que carecia, y finalmente, nombró los generales que debian reemplazar á los que habia arrastrado La Fayette en su fuga. Dangest, Diettmann, Ligneville, Chazot y Miaczinski, oficiales queridos de los soldados, recibieron el grado de tenientes generales y mariscales de campo. Su estado mayor, incierto, descontento, lleno de dudas y murmuraciones, lo compuso de hombres que le debian su fortuna y á los que él encadenaba á la suya. El ejército tenia ya una cabeza: en veinte y cuatro horas esta cabeza tuvo brazos. Dumouriez comunicó al ministro de la Guerra, Servan, su plan de defensa, é instruyó confidencialmente á Danton, por medio de Westermann, de la resolucion temeraria que habia concebido.

Advertido tambien por Westermann, de las convulsiones patrióticas con que Danton meditaba agitar la Francia, para lanzar miles de defensores á las fronteras, Dumouriez indicó á Chalons y Sainte-Menehould para que campasen los voluntarios que llegasen del interior. Proveyó estos dos campos de los viveres y forrages necesarios, para hombres y caballos. Siempre á caballo ó en el consejo se multiplicaba personalmente, para darse á conocer á todos los cuerpos, horrando de este modo la memoria de La Fayette, para reemplazarlo en todos los corazones. La Fayette era mas ciudadano, Dumouriez fué mas soldado. El ejército se le entregó todo entero y él lo manejó á su gusto, dividiéndolo en distintos cuerpos y poniendo á la cabeza de cada uno de ellos, un general responsable con su gloria, de la conducta de los

soldados que tenía á sus órdenes. Habiendo destacado el día anterior al general Dillon, como se ha visto, con la vanguardia, con el designio de llevarla á la estremidad del bosque de Argonne, y separarse por muchos días de esta parte de su ejército, formó otra segunda vanguardia al mando de Stengel, valiente y atrevido coronel de los husares de Bercheny. La resistencia de Verdun, al menos por algunos días, era necesaria para la ejecución de sus planes y despliegue de las tropas en las diferentes posiciones que quería ocupar en el Argonne; para esto, hizo marchar á aquella plaza al general Galbaud con un refuerzo de tres mil hombres, á fin de que prolongase todo lo posible la defensa. Tomadas estas disposiciones estudió mas de cerca el terreno sobre que iba á establecer al ejército francés, la importancia de los diferentes puestos que tendría que cubrir, y los medios de hacerle llegar antes que los coaligados á los desfiladeros, de los cuales el enemigo, mayor en número, estaba mas cerca que él. Era preciso el mayor secreto, pues si su idea se hubiese traslucido, hubiese abortado el plan; un mero indicio era suficiente para echarlo todo á perder.

IX.

El bosque de Argonne tiene quince leguas de largo desde Sedan á Sainte-Menehould: su ancho es desde dos hasta cuatro leguas en una proporción muy desigual: está situado sobre un terreno montuoso, y cortado por ríos, estanques, arroyos, pantanos y barrancos, que uniendo nuevos obstáculos á los peculiares del bosque, hacen de él una barrera impenetrable á la marcha del ejército. Este bosque separa las ricas provincias de los Tres Obis-pados de las llanuras estériles de la Champaña. Las orillas del bosque en sus dos vertientes declinan en faldas

regadas y verdes, cuyos prados y tierras de labor están llenas de caseríos ó cabañas. Es un largo brazo de los Ardenes estendido en medio de las llanuras de Champaña.

No se puede atravesar este bosque sino por cinco claros, que la configuración natural del terreno, el lecho de las aguas, los desmontes, y la línea de los caminos han trazado y allanado en su espesor. Estos cinco pasos ocupados, fortificados y defendidos, cubren á la Francia central. El primero de ellos y el mas inmediato á Sedan es el de *Chene le Populeux*, que es ancho y sin obstáculos naturales, y da paso al camino de Rethel á Sedan.

El segundo se llama la *Cruz del Bosque*, y no es mas que un camino hondo para los leñadores; el tercero, es el desfiladero de *Grandpré*, situado en el centro del bosque. La naturaleza ha dispuesto esta avenida para campamento de un ejército defensivo: un anfiteatro situado entre dos ríos que le cubren, limitado por el bosque que protege sus estados, desciende rápidamente por el lado del enemigo, dando á las tropas establecidas en esta posición la superioridad del nivel, la seguridad de sus alas y un glasis natural á la muralla que coronen con sus fuegos; el camino de Stenay á Reims lo atraviesa. El cuarto es el desfiladero de la *Chalade*, que pone en comunicación las ciudades de Varennes y Sainte-Menehoul. En fin, el quinto es el desfiladero de las *Isletas*, que sale al camino real de Verdun á Paris: al otro lado de las Isletas, el bosque se allana y va á concluir en la aldea de Passavant y en las llanuras que se estienden sin ondulaciones hasta Bar.

X.

Tal era la barrera en que Dumouriez, con un ejército de veinte y siete mil combatientes, quería oponerse á ochen-

ta mil hombres, entusiasmados por sus primeras ventajas é impacientes por esparcirse en la Champaña y correr á Paris. Lo mas difícil era llegar á tiempo. Dos partidos se ofrecían para esto: el primero y mas seguro era hacer desfilar al ejército desde Sedan á Vouziers y Sainte-Menehould, cubriendo su marcha con el mismo bosque, dejando el llano de Argonne entre el enemigo y su ejército: y el segundo, marchar á los desfiladeros de Argonne al descubierto por la falda exterior del bosque, y no hacer caso del general Clairfayt que estaba ya en Stenay con veinte mil hombres. El primero de estos dos caminos era la mitad mas largo, hacia perder tiempo y tenia el doble inconveniente de poner de manifiesto la intencion del general y provocar á Clairfayt y al duque de Brunswick á ocupar los primeros, uno el desfiladero de Grandpré y el otro el de las Isletas. Tomados estos puestos por los prusianos, rechazaban al ejército francés sobre Chalons y bien pronto sobre Paris.

El segundo conducía en tres jornadas la vanguardia de Dillon á las Isletas y á Dumouriez en dos á Grandpré; pero para ejecutarlas era necesario oponerse delante de Clairfayt, que distaba solo seis horas de Grandpré, mientras que Dumouriez estaba aun á diez, ó engañar é intimidar á Clairfayt lanzándose directamente sobre él en Stenay y rechazándolo detrás del Meuse.

En el momento en que Dumouriez se determinó por este golpe de audacia, recibió del general Galbaind un correo que le anunciaba el sitio de Verdun por el ejército prusiano, y la imposibilidad de llevar socorros á esta plaza, sitiada por cincuenta mil hombres: Dumouriez respondió á Galbaind que se replegase sobre el desfiladero de las Isletas y esperase allí á Dillon. Escribió tambien al general Duval, á quien habia dejado en el campo de Maulde, en su antiguo ejército cuando salió de Valenciennes, para que levantase su campo, se reuniese el de Maubeuge, recogiese todos los batallones que estaban so-

bre su derecha y se uniese á él á marchas forzadas. Indicándole que debia ocupar el desfiladero de Chene le Populeux, cerca de Sedan.

Sin inquietud respecto á este paso cubierto por algunos días, por la duracion probable del sitio de Stenay, Dumouriez no dudaba que Duval llegase á tiempo para cerrarlo; pero aquel se descuidó. El 31 de agosto se principió el movimiento. El general Miaczinski tuvo órden de dar un ataque falso sobre Stenay. Dillon de sostenerlo y situarse frente de esta ciudad. Miaczinski, á la cabeza de mil quinientos hombres, atacó heroicamente á la vanguardia de Clairfayt, la rechazó hasta detrás del Meuse, y libró por un momento á Stenay. Dillon en lugar de sostener á Miaczinski, permaneció inmóvil con el resto de su vanguardia en Mouzon, á la orilla del bosque, y ordenó tambien á Miaczinski, que habia vencido, que se retirase. Esta falta de Dillon podia comprometer todo el plan del general en jefe.

Fiándose en las órdenes que habia dado y creyendo á Dillon en Stenay, Dumouriez movió la masa de su ejército el 1.º de setiembre, y se trasladó á Mouzon. Admirado de encontrar allí á Dillon, continuó la marcha y se trasladó al frente de Stenay para renovar por sí mismo la demostracion de un ataque contra Clairfayt. Dumouriez estuvo acampado dos días frente á este general como para ofrecerle la batalla, mientras que Dillon ganaba el desfiladero de las Isletas á donde llegó la vanguardia, en fin, el 3 de setiembre. Clairfayt permaneció inmóvil. Los diferentes cuerpos de Dumouriez tomaron posicion en los desfiladeros que se les habia señalado. Volviendo él mismo á toda prisa sobre su derecha, entró con los quince mil hombres que formaban su centro en el desfiladero de Grandpré, y sentó su campo entre el Aire y el Aisne que son dos rios que lo circuyen por vanguardia y retaguardia; la artillería la colocó á su espalda por cima del campo en la aldea de Sanne. Su

vanguardia, á las órdenes del valiente coronel Stengel, delante del Aire teniendo la retirada segura por dos puentes que la unian al campo. La disposicion del campamento de Grandpré era tal, que para forzarlo el enemigo tenia precision de atacar todos los puestos que estaban defendidos por una formidable vanguardia, pasar el rio Aire sin puentes, y desembocar en fin, en una cuenca descubierta y reducida bajo el triple fuego del castillo de Grandpré, de la artilleria de la posicion de la aldea de Saunc, y en fin, de los cañones que cubrian el frente del campo. Centinela de este camino de fuego que era indispensable franquear para penetrar en el corazon de la Francia, Dumouriez esperaba allí que se levantase detrás de él.

XI.

Ya era tiempo. Longwy acababa de ser tomado en dos dias. Verdun estaba comprometido. Los ejércitos del rey de Prusia y los del emperador, largo tiempo hacia que contenidos en la inaccion por lo indeciso de su generalísimo, iban á recibir de su impaciencia y del 10 de agosto un impulso que sus gefes aun rehusaban darles.

El duque de Brunswick despues de la abertura de esta campaña, tenia por sistema la contemporizacion; pero retardando el ataque daba á la defensa lugar para prevenirse. La guerra ofensiva no debe dar tiempo, asi como la defensiva debe disputarlo por instantes; porque el tiempo que gasta las fuerzas de los ejércitos de invasion, es el primer auxiliar de las guerras nacionales. El duque de Brunswick, acostumbrado á las maniobras sábias y estudiadas de la estrategia alemana procedia con la circunspeccion y lentitud de un jugador de ajedrez.

La lucha iba á entablarse entre la habilidad de la

profesion y el entusiasmo: el hábil estratégico debía ser el vencido por este.

Estas dilaciones eran por otra parte favorables á las negociaciones que se cruzaban en el cuartel general de los coaligados. Se ha visto ya que en la conferencia de Coblenza, entre el emperador y el rey de Prusia, se habia convenido en que los emigrados franceses no se reuniesen á los ejércitos de operaciones por temor de irritar á la Francia contra el yugo que una nobleza impopular queria imponerla con las armas en la mano. El marqués de Bouillé, consejero militar del rey de Prusia, propuso que se dulcificase esta medida que heria á los emigrados. En consecuencia se convino en que se les dividiria en tres cuerpos: uno de diez mil nobles, que se uniria al grande ejército del duque de Brunswick, y los otros dos de cinco mil nobles cada uno, serian empleados, uno bajo las órdenes del principe de Condé en Flandes, y el otro á las del duque de Borbon en el Rhin. Estos tres cuerpos de emigrados, distribuidos de esta suerte, no debian, sin embargo, marchar sino en segunda linea, tanto para evitar que manchasen sus armas en la sangre francesa, como para que se les reuniesen á retaguardia del ejército de operaciones los desertores y los regimientos enteros que la defecion de los cuerpos franceses les prometia.

Las negociaciones contradictorias del baron de Breteuil, de Mr. de Calonne y de Mr. de Moustier compliacan tambien la marcha de los negocios y suspendian la accion de las potencias. El baron de Breteuil, representante de Luis XVI, se oponia en su nombre á que los gabinetes extranjeros reconociesen en Francia otra autoridad legitima que la del rey. Mr. de Calonne, agente de los príncipes y su plenipotenciario en Coblenza reivindicaba la regencia para el conde de Provenza, durante la imposibilidad conocida ó la cautividad disfrazada de Luis XVI. Mr. de Moustier, enviado por el conde de

Provenza para reemplazar á Mr. de Calonne, que se habia hecho odioso á los emigrados, insistia enérgicamente por obtener el reconocimiento de los derechos del conde de Provenza á la administracion del reino reconquistado. La Prusia favorecia esta ambicion del príncipe por esplotar un reinado ideal. El emperador, por insinuacion secreta de María Antonieta, su hermana, que temia la dominacion de sus cuñados, se resistia á declarar de hecho la suspension del rey, cuya autoridad desconocida por sus vasallos iba á restaurar. En las conferencias á que asistieron el rey de Prusia, el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe y el príncipe de Nassau no resolvieron nada.

La noticia del 10 de agosto llegó en fin al cuartel general de los coaligados. En vano el duque de Brunswick quiso contemporizar todavía; el ascendiente del rey de Prusia violentó su indecision. «Si no podemos llegar á tiempo para salvar al rey, exclamó en el consejo de guerra, marchemos á lo menos para salvar al trono.» Al otro dia, el ejército se puso en marcha; el 19 de agosto despues de haber andado cuarenta leguas en cinco dias, atravesó la frontera y se acampó en Tiercelet, en donde se operó su reunion con el cuerpo austriaco del general Clairfayt.

A este paso decisivo, el duque de Brunswick dudó de nuevo, y habiendo pedido la celebracion de otro consejo general, representó al rey que auguraba mal de una guerra de invasion emprendida en el corazon de un pais cuya energia insurreccional llegaba hasta aprisionar al rey y asesinar á sus guardias. «¿Quién sabe, añadió, si nuestra primera victoria será la señal para la muerte del rey?» Federico Guillermó afirmó en su resolucion por los consejos del conde de Schulenburg, su ministro, y por los gefes emigrados, deseosos de volver á su patria, acoció con un disgusto visible la eterna circunspeccion de su general. «Por cruel que sea la situacion de la familia

real, dijo, los ejércitos no deben retrogradar: deseo con toda mi alma llegar á tiempo para libertar al rey de Francia; pero ante todo, mi deber es salvar á la Europa.»

XII.

El 20, el ejército atacó la fortaleza de Longwy. El bombardeo principiado en la noche del 21 é interrumpido por una tempestad en que el fuego y los torrentes de agua que caian del cielo apagaron el de los sitiadores, empezó de nuevo á la mañana siguiente. Trescientas bombas que cayeron en la plaza y algunas casas que se incendiaron, determinaron al gobernador Lavergne á una capitulacion que comenzaba la campaña por una deshonra. La desercion de La Fayette, anunciada al mismo tiempo á los coaligados, llenó sus corazones de doble alegria. Si el duque de Brunswick se hubiese aprovechado de este fervor del ejército y de esta muestra de la fortuna para operar con prontitud en la frontera central, nada podia detenerlo hasta los muros de París. Dejando algunos miles de hombres al frente de Thionville, podia arrojarse con una masa imponente sobre el ejército de La Fayette, privado de su general y no regido aun por la mano de Dumouriez: este ejército desorganizado y sofocado por el número, tenia que sucumbir infaliblemente; podia tambien apoderarse antes que Dumouriez de los desfiladeros de Argonne, única barrera natural que hay entre el Marne y caer sobre la capital antes que el patriotismo de los departamentos la hubiese cubierto con un muro de voluntarios. El duque de Brunswick no tomó ni el uno ni el otro de estos dos partidos, no hablando sino de prudencia y de probaturas en el momento en que la única prudencia era ser temerario. O el duque de Brunswick fué engañado por su talento, ó engañó á la causa